

LA BÚSQUEDA

Cristóbal Jimeno Chadwick

Daniela Mohor Wöhlke

Parte I

“LOS MATARON A TODOS”

“Yo sé cómo murió tu papá”, me dijo un compañero de curso, mientras corríamos una vuelta a la manzana en la clase de Educación Física. Mi colegio, La Girouette, era tan chico que no tenía canchas de deportes y menos una pista de atletismo; por eso, Juan Sierralta, nuestro profesor de Gimnasia, nos mandaba a correr por el barrio.

Esa mañana yo trotaba con Tomás. Éramos lo suficientemente amigos como para que él se sintiera con la confianza de tocar el tema de mi padre. Terminó su frase diciéndome: “Murió en un accidente de avión”. Agregó, con la respiración cortada por la falta de aire, “me lo contaron mis padres”. Me sorprendió la seguridad con la que lo afirmó. Su argumento de autoridad era muy potente para un niño de siete u ocho años como yo: sus padres se lo habían dicho.

Antes de eso nunca me había preguntado, o no recuerdo haberlo hecho, cómo había muerto mi papá. Hasta esa fecha, Claudio Jimeno Grendi era un señor que aparecía en fotos en blanco y negro en distintos lugares de mi casa y del que no se hablaba mucho. Sabía que él había muerto, solo que no sabía cómo.

Mientras corría por las cuadras entre las calles Alonso de Camargo y Mar del Sur, en Las Condes, la seguridad de Tomás me convenció, ¿por qué dudaría yo de él y de sus padres? Después de todo, era mi amigo. Por lo demás, era lógico: ¿de cuántas formas puede morir un papá? De una enfermedad, como le había ocurrido al de otros amigos o de un accidente. La vida del mío había terminado en una tragedia aérea, lo que explicaba por qué no había cuerpo ni tumba. Era de una obviedad incuestionable. Todo cuadraba.

Reconozco que durante algunos años no me hice más preguntas. Quizás la certidumbre que me había dado mi compañero era, inconscientemente, lo que necesitaba: una explicación para la ausencia de mi padre. Mi madre, Isabel Chadwick Weinstein, nunca pudo contarme lo que había ocurrido. No existió en nuestra familia la escena, que quizás se dio en otras, en que ella se sentara frente a mí y mi hermano menor y nos revelara, un día cualquiera, qué había ocurrido. Nunca encontró la fuerza para hacerlo. No la culpo, imagino pocas cosas más difíciles que decirle a un hijo que su padre ha desaparecido. Tampoco yo se lo pregunté de manera consciente como tampoco lo hizo mi hermano, y, como suele ocurrir cuando no se enfrentan las cosas, nos enteramos de la peor forma posible.

Una noche en que estaba en un campamento de verano en el pueblo de Niebla, cerca de Valdivia, tomé una revista que alguien había llevado. Tenía doce años, estaba cansado y quería dormir; pensé que leer algo corto me ayudaría a entrar en el sueño. Me metí en el saco de dormir y comencé a hojear la publicación para escoger un artículo. Era una de las revistas opositoras al régimen, no recuerdo cuál, y elegí el reportaje por la foto: era La Moneda en llamas. En ese momento, una compañera de colegio, bastante mayor que yo, entró a la pieza y me preguntó qué hacía. Yo le mostré lo que estaba leyendo y ella palideció. Era su revista y ya la había leído.

Se sentó al lado mío, pensé que quería escuchar de qué se trataba el reportaje, así que lo comencé a leer en voz alta. Para un niño como yo, al que le gustaban las aventuras, era una historia fascinante. Avanzaba por las páginas y no lo podía creer: había disparos contra un palacio de gobierno, negociaciones con los golpistas, traiciones de los que se cambiaban de bando, actos heroicos y otros de cobardía, discursos inolvidables, bombardeos... hasta que el texto llegó a describir una escena en la que el presidente, Salvador Allende, reunía a las personas que estaban en La Moneda y las liberaba para que abandonaran el palacio. Por supuesto, todos le decían que no, que se quedarían con él hasta el final, lo que hacía la historia más heroica aún.

En esa escena, el periodista identificaba uno a uno a los presentes. Los fui leyendo: Enrique Huerta, el intendente de Palacio; los doctores de la Presidencia: Arturo Jirón, Patricio Guijón, Danilo Bartulín, Óscar Soto y Patricio Arroyo; el economista y gerente del Banco Central, Jaime Barrios; el asesor en Educación Superior, Enrique Paris; el abogado Arsenio Poupin; la secretaria Miria Contreras; el asesor de Allende, Jorge Klein, y el sociólogo Claudio Jimeno.

Me quedé callado y volví a pronunciar las últimas palabras, esta vez en voz baja: “el sociólogo Claudio Jimeno”. Lo leí muchas veces más, en silencio. “El sociólogo Claudio Jimeno”. Debía haber un error... Miré a mi amiga y vi que le caían lágrimas por las mejillas. Le expliqué que no había por qué llorar, que era un error, que se tranquilizara. Llegué hasta decirle que, aunque no fuera una equivocación, si Claudio hubiera estado ahí —lo cual seguía siendo imposible en mi mente—, no cabía duda de que había sobrevivido al Golpe y que, después, se había caído en un avión tal como me había dicho mi amigo Tomás unos años antes. Ella siguió llorando y, finalmente, el resto del artículo me quitó toda esperanza de que la muerte de Claudio hubiera sido accidental. Esa noche no pude dormir y al día siguiente no pude hablar.

Mi hermano se enteró de una manera aún peor. Debe haber tenido entre cinco y seis años cuando entró a la pieza de mi abuelo, una tarde de los años setenta y, con la ingenuidad de cualquier niño, simplemente le preguntó qué había pasado con Claudio. La respuesta llegó como un balde de agua fría: “Los militares los mataron a todos”, le dijo mi abuelo. Esa frase lo perseguiría por el resto de sus días.

EL 11

El sonido monocorde del teléfono despertó a Claudio Jimeno y a su mujer, Isabel Chadwick, a las seis de la mañana del 11 de septiembre de 1973. La casa que tenían en la calle Hamburgo, en la zona oriente de Santiago, era una construcción blanca de ladrillos estucados y ventanas de madera grandes. La habían comprado seducidos por los dos limoneros y tres abedules que tenía en el jardín trasero. Por esos días, el hermano menor de Isabel, Tomás Chadwick —Tomacho, para los cercanos—, también se alojaba ahí. Estaba recién separado y había encontrado refugio en esa casa asoleada.

Esa mañana, después del llamado, Claudio se levantó con premura, entró a la pieza de su cuñado, lo despertó y le dijo apurado: “Me voy, me están llamando de La Moneda”.

Claudio era sociólogo, se había especializado en salud pública, militaba en el Partido Socialista y era miembro del equipo directivo del Centro de Estudios Nacionales de Opinión Pública (CENOP), un

organismo que asesoraba directamente —y bajo completo sigilo— al presidente Salvador Allende. En las últimas semanas había estado más preocupado que de costumbre. Intuía que un golpe de Estado estaba por venir y no cualquiera: uno cargado de mucha rabia. Los indicios eran numerosos: la sublevación militar del Tanquetazo, la renuncia del comandante en jefe Carlos Prats y el asesinato del capitán de navío Arturo Araya, edecán del presidente, no eran buenas señales. Tampoco lo eran los resultados de las encuestas que hacía el CENOP ni que en los muros de las calles se leyeran frases como “Yakarta viene”, en referencia al genocidio indonesio con el que se buscó eliminar al Partido Comunista en ese país del Sudeste Asiático, en 1965. Claudio había pensado muchas veces en qué haría si llegaba a ocurrir un quiebre de la democracia, en cómo proteger a su familia y defender al gobierno. Hasta que llegó la hora.

En la mañana lluviosa del 11 de septiembre, al salir, vestía un pantalón gris, una chaqueta azul y zapatos color café. Era un hombre delgado de un metro setenta, aproximadamente, con incisivos largos que le valían el apodo de Conejo Jimeno. Tenía el pelo negro liso y un bigote grueso. Le gustaba la ropa y nunca se lo veía desprolijo, pero esa madrugada el apuro lo hizo descuidar un detalle. Antes de salir, sacó unos zapatos de la entrada. Sin fijarse en que eran distintos, tomó un mocasín suyo y otro parecido que le pertenecía a su cuñado Tomás. Se los puso rápidamente y partió.

Partió sin dudar. No habían pasado ni tres meses desde que se prometió hacerlo ante cualquier riesgo de sublevación. El 29 de junio de 1973, día del Tanquetazo, los integrantes del CENOP no habían llegado a La Moneda hasta después de que las fuerzas allendistas lograran frustrar el intento de derrocamiento. Beatriz Allende, la Tati, se lo había reprochado a Claudio. Ella, hija de Allende, no solo era una de las colaboradoras más cercanas del presidente, sino que además ejercía un rol de puente entre él y sus asesores. Tenía una influencia indudable en el círculo de hierro de su padre y una relación estrecha con Claudio. El propio Allende había expresado su descontento ese día de junio. Al ver a sus asesores llegar tarde, les había lanzado una frase que les dolió: “¡El CENOP brilló por su ausencia!”¹. Varios, Claudio incluido, pensaron que no volverían a cometer ese error.

1. Mónica González. *La conjura*. Ediciones B, 2000.

Ante la emergencia del 11, Claudio decidió dejarle el auto a Isabel y contactar a uno de sus mejores amigos para que lo llevara al palacio de gobierno. Guillermo Cumsille, también sociólogo del CENOP y militante activo del Partido Comunista, dormía profundamente cuando recibió el llamado de Claudio. Se había acostado tarde y le costó despertar, pero al oír la voz de su amigo al otro lado de la línea entendió de inmediato que no había espacio para retrasos. Tenían que llegar a La Moneda lo antes posible.

Cumsille y su mujer, Esperanza Marzouka, pasaron a buscar primero a Claudio y luego a Jorge Klein, quien era médico de profesión pero se desempeñaba en ese momento como dirigente del CENOP. La idea era que ella los fuera a dejar y luego siguiera con el auto hasta el Hospital del Salvador, donde hacía su práctica. Pero el trayecto hasta el centro resultó más complejo de lo previsto. A medida que se fueron acercando comenzaron a tener dificultades para avanzar. Iban llegando camiones con militares que se apostaban en distintos puntos de la ciudad. Claudio parecía estar tranquilo; observaba y comentaba —soltando uno que otro garabato— el movimiento inusual del Ejército en las calles. Una vez que llegaron a plaza Italia, les fue imposible seguir en auto y Claudio sugirió caminar por la Alameda hasta llegar a La Moneda. A Esperanza no le gustó la idea.

—Mira, Guillermo —le dijo a su marido—, yo no me voy sola, anda a dejarme y después vuelves a La Moneda si quieres.

Claudio y Jorge se bajaron. Guillermo siguió con su mujer hacia la avenida Salvador.

Lo que ocurrió después son hechos que lo atormentaron toda su vida: cuando trató de regresar en dirección a La Moneda, los militares habían ampliado el cerco de calles cerradas y no lo dejaron pasar. Nunca más volvió a ver a sus amigos.

Hasta el día del Golpe, Isabel trabajaba jornada completa haciendo clases e investigación en el Departamento de Química de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Chile. Al igual que Claudio, llevaba una vida marcada por el sueño colectivo de la izquierda de esos años. Ambos se plegaban al ritmo imparable de la actividad política: los fines de semana, Claudio solía visitar la residencia presidencial del Cañaveral, donde vivía Miria Contreras —conocida como la Payita—, quien fue secretaria y amante de Allende. Ahí llegaban todos: el

presidente, su hija Tati, representantes de los partidos y otros miembros del CENOP. Isabel, por su lado, militaba en la universidad y en su barrio. Sus jornadas terminaban tarde. Era una vida frenética que ella recién estaba descubriendo. Era una mujer delgada, buena-moza, de carácter fuerte. Tenía el pelo castaño oscuro y corto, y unos ojos particularmente expresivos. Había llegado al Partido Socialista influenciada por su padre, el exsenador Tomás Chadwick Valdés. Criada en un ambiente muy protegido, como alumna del colegio Dunalastair y con todas las comodidades posibles, sentía, a pesar de eso, mucho entusiasmo por la perspectiva de una transformación social.

Su casa de la calle Hamburgo quedaba a cuatro cuadras de la avenida Tobalaba. Muy cerca, comenzaba una población de trabajadores llamada “Las Siete Canchas”, que había aparecido producto de una toma en los tiempos de Eduardo Frei Montalva. Era famosa por ser considerada una de las más organizadas de Santiago y con mayor compromiso político. Isabel visitaba a menudo ese conjunto de mediaguas, que los trabajadores, en muchos casos, habían agrandado construyendo baños y cocinas comunitarias. La población contaba con una escuela y era conocida por su orden y limpieza. Ahí, Isabel asistía a reuniones del partido y visitaba a dirigentes socialistas.

El resto del barrio no veía esto con buenos ojos, y en la calle Hamburgo había también varios núcleos del movimiento ultraderechista Patria y Libertad. La polarización que se fue dando en esas cuadras de la comuna de Ñuñoa reflejaba lo que estaba ocurriendo en el resto del país: las protestas se habían multiplicado a tal punto que, si bien pocos lo sabían, Allende había tomado la decisión de llamar a un plebiscito para decidir el destino de su gobierno.

La preocupación frente a la crisis política y el impacto que esta podría tener era un tema de conversación recurrente entre Claudio e Isabel. El ambiente inseguro e inestable eran palpables y los angustiaba. Después de las parlamentarias de 1973, en que la izquierda ganó, Claudio no se tranquilizó. Al contrario.

—Va a haber un Golpe, la derecha no lo va a poder soportar —le dijo más de una vez a su mujer.

Isabel se asustaba, pero jamás se imaginó que el golpe de Estado sería tan cruel y feroz.

Las tensiones del momento llevaron a Claudio e Isabel a establecer un plan de acción en caso de que se diera un quiebre institucional. Tenían dos hijos, uno de casi tres años y el otro de un año y medio. Por eso, la mañana del 11, Isabel supo exactamente lo que tenía que

hacer. Tras la salida de Claudio, comenzó inmediatamente a cargar el auto, un MG verde, con lo que podría necesitar los días siguientes. Llenó maletas con ropa, mamaderas, una cuna, pañales y comida para varios días. Con la ayuda de su empleada instaló a los niños en la parte trasera y manejó en dirección a la casa de su amiga Ximena Díaz, cerca de la avenida Perú.

Mientras conducía, Isabel fue sintiendo cada vez más miedo. La calle María Torres, en Recoleta, donde vivía Ximena, quedaba muy cerca del Regimiento Buin. En el camino se cruzó con varios camiones llenos de militares armados que salían del cuartel.

Ximena Díaz estaba casada con Luis Alvarado, militante socialista y presidente ejecutivo de la Corporación de Servicios Habitacionales (CORHABIT). Habían acordado juntos, con Claudio e Isabel, el procedimiento que seguirían en caso de un golpe de Estado. Su casa era la más segura. Ahí se instalarían las mujeres y los niños, mientras ellos cumplían con sus responsabilidades políticas.

Isabel llegó temprano con sus hijos. Fue un día negro. Lo pasaron escuchando la radio, donde solo llegaban los mensajes golpistas, dado que las señales de las radios partidarias del gobierno habían sido silenciadas poco después de que Allende le hablara al país por ese medio. Los bandos de la Junta llamaban a largas listas de personas a entregarse y los locutores prometían que se “exterminaría el cáncer marxista”.

En un primer momento, Isabel no temió por la vida de su marido. Cuando se enteró de que habían bombardeado La Moneda, pensó que él se estaba protegiendo. El primero en darle noticias suyas fue Patricio Arroyo, un amigo que era además parte del equipo de médicos de Allende. Él le contó lo que había ocurrido dentro del palacio de gobierno esa mañana y le dijo que Claudio y los demás estaban detenidos.

Pasaron las horas e Isabel no recibió más información.

—Claudio no me llamó —recuerda—, estaba desesperada porque sé, por ejemplo, que Jorge Klein llamó a su mujer. Pero Claudio no, entonces me puse a llamar por teléfono. Empecé a pedir ayuda por todos lados.

No consiguió saber mucho.

Cuando llegó la noche, la angustia se fue intensificando. Isabel no podía evitar acordarse de la rutina habitual de Claudio. Pensó que en un día normal habría llegado a recostarse un rato en la cama antes de comer, quizás habría jugado con sus hijos.

La mañana del 11, Tomás, el hermano de Isabel, tampoco tardó en dejar la casa de Hamburgo. Su padre había sufrido un accidente cerebrovascular unos años antes y requería el cuidado de una enfermera. Él estaba a cargo de ir a buscarla y de llevarla a la casa paterna en la calle Ramón Sotomayor, en el barrio El Bosque de Providencia. Cuando llegó donde vivía la enfermera, en la zona de Peñalolén, en las alturas de Santiago, miró hacia el centro de la ciudad y vio que a lo lejos se elevaban columnas de humo negro.

—Chuta, se está quemando el centro y Claudio está en La Moneda —pensó.

Había por qué preocuparse. En el centro la situación era crítica. Las calles estaban desiertas y la poca gente que había llegado sin saber qué pasaba se apresuraba en regresar a su hogar; algunas personas corrían buscando refugio. En los edificios aledaños a La Moneda, los residentes se escondían en los subterráneos. En Estado, Morandé, Agustinas y Moneda marchaban patrullas militares y se escuchaban balazos.

La noticia de la sublevación de la Marina en Valparaíso había llegado temprano a oídas del presidente, y en los cuarteles de Santiago ya se estaban preparando para el ataque a La Moneda. Los cabecillas del derrocamiento de Allende se habían asegurado de que el personal de la Escuela de Suboficiales, de la Escuela de Infantería, del Regimiento Buin y del Regimiento Tacna estuviera a su disposición. Este último cuartel lo dirigía el coronel Joaquín Ramírez Pineda y se convertiría horas después en un centro de tránsito de prisioneros. Ahí, el Departamento de Inteligencia Militar realizaría algunos de sus crueles interrogatorios y torturas. El Regimiento Tacna sería, de hecho, el escenario de las últimas horas de vida de Claudio y de sus compañeros.

El 11, cerca de las ocho de la mañana, Ramírez Pineda reunió a todos los suboficiales en el casino del cuartel para informarles que ese día derrocarían al presidente. Setenta hombres de la batería de plana mayor de artillería se formaron bajo el mando del capitán Enrique Berríos y del teniente Jorge Herrera López. Entre ellos, estaban el

sargento Teobaldo Mendoza y el cabo Jorge Gamboa. Herrera López, Mendoza y Gamboa son tres nombres que habrá que recordar.

Veinticuatro horas antes del asalto a La Moneda, Augusto Pinochet le había dado al general Javier Palacios, comandante de Dirección de Instrucción del Ejército, la orden de tomar el mando de Batallón Blindado N.º 2. Él supervisaría las fuerzas de reservas y rodearía La Moneda de tanquetas. Aunque haya negado haber estado a cargo del ataque al palacio de gobierno, sí lo estuvo. Y, ese día, la batería de plana mayor que salió del Tacna, dependió de él.

Al abandonar el regimiento, los setenta hombres del contingente liderado por Herrera López se dirigieron hacia la calle Bulnes con Cóndor y se ubicaron detrás de la unidad que había instalado los cañones que apuntaban a La Moneda. En torno a las nueve de la mañana volvieron a desplazarse, esta vez por la calle Morandé, hasta el Ministerio de Obras Públicas. Ahí, frente al palacio de gobierno, se quedaron a la espera de nuevas órdenes.

Dentro de La Moneda, el presidente Salvador Allende vivía sus últimas horas. Había llegado al palacio a las 7:20 de la mañana y se había encontrado con varios de sus asesores, sus hijas Tati e Isabel, la Payita, los miembros de su escolta y varios ministros, entre otros. Rápidamente se dio cuenta de que la situación era más grave de lo que había pensado en un inicio, y los mensajes de tranquilidad que les expresó a los chilenos en las primeras alocuciones radiales que hizo esa mañana se fueron tiñendo de pesimismo a medida que avanzaban las horas. En su primera intervención, por radio Corporación, cerca de las ocho, llamó a mantener la calma y a no provocar. Explicó que un sector de la Marina se había tomado Valparaíso y aseguró que él defendería su gobierno hasta el final. En torno a las ocho y media, la futura Junta Militar anunció sus planes. A través de la señal de Radio Agricultura confirmó que se trataba de un golpe de Estado²; informó, además, que había tomado el mando del país, cerrado el Congreso y que le ofrecía al presidente todas las facilidades para salir de Chile junto a su familia, siempre y cuando se rindiera sin condiciones. Menos de una hora después, Allende pronunciaría su conocido discurso final a través de la Radio Magallanes.

2. Óscar Soto. *El último día de Salvador Allende*. RBA Libros, 2008 (reedición).

Pero aún faltaba para el desenlace fatal. Entre las 9:15 y las 14:00 se develarían los traidores del presidente y sus seguidores más fieles demostrarían su inquebrantable lealtad; se darían negociaciones infructuosas y, finalmente, La Moneda se convertiría en un verdadero campo de guerra.

La primera sorpresa que se llevaron Allende y sus colaboradores más cercanos fue el abandono de Carabineros para unirse a los planes de la Junta Militar: la imagen de las tanquetas que protegían la sede del gobierno volteándose para apuntarle al edificio le agregó tensión a una situación ya inquietante. Poco antes, alrededor de las nueve y media, la guardia de Palacio a cargo de esa institución se había retirado dejando sus armas tiradas en el suelo. La alianza de los generales de Carabineros con los golpistas era clara.

Durante toda la mañana hubo intentos de diálogo entre el general Ernesto Baeza (quien horas después se convertiría en el director de Investigaciones), en representación de la Junta Militar, y Luis Osvaldo Puccio Giesen, secretario personal de Allende. El primero se encontraba en el quinto piso del Ministerio de Defensa, junto al almirante Patricio Carvajal, jefe de Estado Mayor Conjunto de las Fuerzas Armadas. Un piso más arriba estaba el general Herman Brady, comandante de la Guarnición de Santiago, quien supervisó todas las operaciones contra Allende y sus cercanos. Carvajal hablaba por vía radiotelefónica con Augusto Pinochet y le transmitía las instrucciones a Baeza, quien a su vez se comunicaba con Puccio.

Las negociaciones nunca dieron resultados. Con la excepción del momento en que Allende pidió que dejaran salir a las mujeres, no se llegó a ningún acuerdo. Los diálogos que se dieron durante toda la mañana entre Carvajal y Pinochet revelan el espíritu que imperaba de lado a lado.

—Yo hablé personalmente con él [Allende]. Le intimé a rendición a nombre de los comandantes en jefe y contestó con una serie de garabatos nomás —le dijo Carvajal a Pinochet en una de las primeras conversaciones.

—Quiere decir que a las once se van para arriba y van a ver qué va a pasar —contestó Pinochet.

El bombardeo de La Moneda, anunciado para las once de la mañana, se postergó varias veces. Durante horas, los golpistas siguieron pidiendo la renuncia inmediata del presidente socialista; él siguió negándose o pidiendo condiciones inaceptables para la otra parte. No ayudaba que el general Pinochet tuviera una verdadera obsesión con

matar a Allende, a quien, en sus conversaciones con Carvajal, calificó al menos dos veces de “chueco” y describió como un cobarde.

—Ese huevón no se dispara ni en las bastillas del morro —dijo cuando le avisaron que Allende tenía una ametralladora y había anunciado que el último tiro se lo dispararía en la cabeza.

Más tarde agregaría:

—Hay que estar listos para actuar sobre él. Matas la perra, se acaba la leva.

Hoy se sabe que su plan era subir a Allende a un avión y derribarlo en pleno vuelo; también sugirió la posibilidad de deshacerse de otros miembros del gobierno, como el ministro de Defensa José Tohá³, el ministro de Relaciones Exteriores Clodomiro Almeyda y el ministro del Interior Carlos Briones.

—La opinión mía es que estos caballeros se toman y se mandan por avión a cualquier parte, e incluso por el camino los van tirando abajo —le dijo a Carvajal.

Finalmente, cuando el presidente y sus cercanos se rindieron, ordenó: “De La Moneda al avión”. La única indicación adicional que dio fue la de no soltar a los miembros del Grupo de Amigos del Presidente (GAP).

—No vayan a meter un GAP ahí —ordenó—. Hay que agarrarlos a todos⁴.

Cerca de las diez de la mañana, al ver la peligrosa situación en la que se encontraban, el presidente llamó a todos sus asesores al salón Toesca, en la segunda planta de La Moneda. A esa hora, distintos miembros del GAP —a cargo de la seguridad presidencial— ya estaban apostados en las ventanas e intercambiaban tiros con los militares que rodeaban el edificio. Una vez reunidos, Allende les explicó a sus colaboradores que él “resistiría”. Era una palabra que no describía de manera adecuada esta confrontación de fuerzas desiguales: el Ejército versus un grupo de hombres armados. Por eso, él les instruyó con voz solemne:

—Aquellos que no saben usar armas y que no tienen función específica para estar aquí, que se vayan. Y que se retiren todas las mujeres.

3. Asesinado en marzo de 1974.

4. María Olivia Monckeberg y Fernando Paulsen. “La grabación del Golpe”. Revista *Análisis*, diciembre de 1985.

En ese momento había cerca de ciento cincuenta personas en La Moneda. Después de esa conversación, salieron más de ochenta. Claudio estuvo entre las sesenta y tantas que se quedaron. Entre ellas, menos de dos horas después, se repartirían las armas disponibles y se ubicarían de manera improvisadamente estratégica para defender zonas específicas.

Óscar Soto, cardiólogo y miembro del equipo médico de Allende, recuerda que pocos de los hombres que fueron ese día a defender La Moneda trabajaban ahí. Se habían trasladado al palacio movidos por un sentido de solidaridad y responsabilidad con el presidente, para no dejarlo solo en la hora más crítica de su gobierno. Los médicos como él, que decidieron quedarse, lo hicieron porque podían atender heridos. Los GAP y los detectives, porque podían disparar. Pero los funcionarios del CENOP como Claudio, que formaban parte de un organismo informativo, no tenían por qué haberlo hecho.

—Fueron a apoyar —dice Soto—. Tuvieron la posibilidad de irse y no lo hicieron, asumieron el riesgo.

Al salir del salón Toesca, los incondicionales del presidente bajaron. Algunos se sentaron en un banco en el patio. Óscar Soto se encontró con Claudio y empezaron a conversar. En eso estaban cuando Tati Allende, quien aún no se había ido, a pesar de la orden de su padre, se les acercó. Buscaba voluntarios para volver al segundo piso a destruir documentos. Era una tarea peligrosa, porque se trataba del sector más expuesto a los disparos.

—¿Por qué no vas a ayudar tú? —le dijo finalmente a Claudio.

—Uf, lo que me tocó —respondió él.

Tati le dio instrucciones precisas: indicó a qué lugar de la segunda planta ir, le entregó las llaves de un mueble y le instruyó sacar y quemar todos los papeles que estaban ahí. Claudio subió corriendo a deshacerse de esos documentos secretos. Regresó poco después, indemne y sin aliento. Prendió un cigarrillo y sonrió; se le notaba el nerviosismo.

No era el único que estaba tenso. En el palacio, esa mañana, el temor frente a la violencia de los atacantes se había apoderado de todos.

—¿Qué irá a pasar con nosotros? —preguntó en un momento el conductor policial Erasmo Torrealba.

—Seguro que nos van a fusilar —le respondió uno de los presentes.

—Y ¿qué vamos a hacer? —insistió el primero.

—Vamos a morir con dignidad.

Los dos aviones Hawker Hunter del Grupo 7 de la Fuerza Aérea de Chile despegaron desde Concepción y emprendieron su vuelo hacia Santiago para llegar cerca de las doce del día a la altura del palacio presidencial. A las 11:50, lanzaron la primera de las veintiocho bombas que dejaron caer sobre La Moneda, la cual sobrevolaron doce veces. Adentro, la onda expansiva de la explosión eyectó a varios de los detectives a metros del lugar en el que estaban. Todos quienes permanecían en el palacio comenzaron a tomar resguardo donde pudieron. Algunos bajaron al primer piso pensando que sería más seguro. Otros se escondieron en el sótano. Y otros más se quedaron en la segunda planta. Esa es la opción que tomó Claudio. Se ubicó en el pasillo entre el salón Toesca y el de la Independencia. Sentados en el suelo con él estaban los médicos del presidente, varios GAP y detectives. Pronto, se empezó a quemar la Galería de los Presidentes, el salón Rojo y un sector de la presidencia. Ante tal situación, Allende envió al ministro Fernando Flores, al subsecretario de Interior Daniel Vergara y a Osvaldo Puccio Giesen a hablar con los militares en el Ministerio de Defensa, entregándoles una carta con las condiciones para su rendición. No serviría: los tres quedaron detenidos apenas pisaron el Ministerio.

La situación al interior de La Moneda se volvió infernal. Al bombardeo se sumaron los disparos de los tanques apostados alrededor del palacio. En la sala de prensa, el periodista y asesor Augusto Olivares no resistió la situación y prefirió quitarse la vida, ante el estupor de sus compañeros. Poco después, el general Palacios dio inicio al ataque terrestre. Parte del contingente de artillería que se había ubicado en la calle Zenteno, detrás del Ministerio de Defensa, avanzó hasta el Banco del Estado y prosiguió su marcha bordeando la muralla de la sede de gobierno por la calle Morandé, donde ingresó por la puerta del número ochenta. Antes, ya había entrado personal de la Escuela de Infantería, y unos minutos después entrarían los hombres apostados en el Ministerio de Obras Públicas.

Seguían los cañonazos y se sentía el calor de las llamas del incendio que se propagaba. El aire se hizo espeso por los gases lacrimógenos que fueron lanzando los militares. También tiraron granadas. En medio de la batalla, Allende se preocupó de rescatar de las llamas el Acta de Independencia y de que se la entregaran a la Payita. El despliegue de fuerza militar era aterrador, pero los hombres más leales de

Allende seguían determinados a defenderse. En el tiroteo el general Palacios quedó herido en una mano, lo que desataría, horas después, la furia de los militares contra los GAP. El teniente Herrera López, quien comandaba la primera sección de la batería del Tacna, al verlo en la línea de fuego, buscó protegerlo; sintió una bala rozarle el cuello y salir por su casco. Mencionaría varias veces esa herida, décadas más tarde, cuando le tocó declarar ante la justicia por su participación en violaciones a los derechos humanos.

El ataque a La Moneda terminó cerca de las catorce horas. Tras el bombardeo, el primer piso fue tomado por la batería que había estado esperando órdenes en el Ministerio de Obras Públicas; estaba inundado por la rotura de cañerías que habían provocado las horas de enfrentamientos. La batalla los tenía a todos agotados. Poco antes, los oficiales que entraron por Morandé 80 habían tomado cautivos a los hombres que se encontraban más cerca de esa entrada y enviado a llamar a los demás. Quien tuvo que cumplir con la tarea de subir a anunciarle al presidente que había llegado la hora de admitir la derrota fue el doctor Óscar Soto.

Arriba, los colaboradores más cercanos de Allende, entre ellos Eduardo “Coco” Paredes y el intendente de Palacio Enrique Huerta, intentaban persuadirlo de que había que abandonar La Moneda, que la situación era insostenible. Finalmente, el presidente les instruyó a todos los que quedaban en el segundo piso que bajaran en fila india por la escalera, sin armas. Les ordenó que se rindieran y salieran caminando por la puerta de la calle Morandé; la Payita sería la primera en bajar con el Acta de Independencia escondida en su chaqueta y una bandera blanca improvisada con un mantel. Allende sabía que había menos posibilidades de que le dispararan a una mujer. Él sería el último en salir.

A medida que fueron bajando los colaboradores, Allende se fue despidiendo de cada uno de ellos. A pesar de lo que había dicho, su intención no era rendirse. Cuando todos llegaron a la entrada, él regresó hacia el salón de la Independencia. Se le escuchó gritar “¡Allende no se rinde, mierda!”, siguió una ráfaga y pronto la noticia descendió por la escalera a través de cada uno de sus asesores: el presidente se había suicidado. Salieron todos a la calle, Claudio incluido, con las manos detrás de la cabeza.

Ya con los detenidos afuera, mientras los bomberos entraban para apagar el incendio, los militares revisaron detalladamente el interior del palacio para asegurarse de que no quedara nadie. Fue ahí donde vieron, sentado en un sillón, con su ametralladora aún entre las piernas, el cuerpo de Allende. A su lado, el médico Patricio Guijón llevaba veinte minutos sin saber qué hacer. Antes de abandonar La Moneda se había devuelto para buscar su máscara antigás, que quería llevar a sus hijos en recuerdo de esa jornada histórica, y se había convertido así en el principal testigo del suicidio del presidente. Al llegar al segundo piso, había notado que no quedaba nadie en el pasillo. En el rincón en el cual había dejado la máscara había una puerta abierta. Automáticamente, miró hacia dentro y vio al presidente en el instante en que se disparaba. Guijón entró inmediatamente y con reflejos de médico le tomó el pulso, pero no había nada que hacer. Atónito, se quedó al lado del cuerpo hasta que llegaron los militares y los bomberos. Poco después apareció el general Palacios; le pidió que le contara lo que había ocurrido y luego se fue. Llegaron los peritos balísticos y Palacios regresó. Con una amabilidad que sorprendió al doctor Guijón, le pidió que lo acompañara al Ministerio de Defensa.

Palacios no salió solo de la pieza. Les ordenó a todos los oficiales que hicieran lo mismo. Fue entonces cuando entraron apresuradamente oficiales de comando —boinas negras— y hombres de civil con maletines. Eran agentes de inteligencia enviados desde el quinto piso del Ministerio de Defensa para incautar documentos y definir qué hacer con el cuerpo del presidente. El suicidio les acomodaba. Les evitaría que sus partidarios enardecidos los acusaran de su muerte. Había que acreditarlo lo antes posible.

Los detenidos de La Moneda pasaron cerca de dos horas delante de Morandé 80. Primero los tuvieron contra la pared y luego los obligaron a golpes a tenderse boca abajo en la vereda. Los soldados los amenazaban diciéndoles que los fusilarían pronto; disparaban sus metralletas por encima de sus cabezas.

A la Payita, una de las dos únicas mujeres que estuvieron en La Moneda hasta el final⁵, la sacaron con la misma violencia. Un cons-

5. La segunda es Marta Silva, la secretaria del subsecretario de Interior Daniel Vergara, quien permaneció oculta en La Moneda durante todo el ataque. Estaba embarazada.

cripto le arrebató el Acta de Independencia y la destruyó a pesar de sus reclamos. La ubicaron, al igual que los demás, con las manos en la nuca y la frente contra la pared. Pero la muerte de Allende la tenía en estado de shock y lloraba de manera desenfrenada. La salvaría la llegada de Carlos Puccio, dentista del Ejército, quien buscaba a su hermano Osvaldo. Al verla le diría discretamente:

—Finge estar muerta.

La Payita cayó de golpe al suelo. Carlos Puccio llamó entonces a una ambulancia y los soldados, incómodos con la presencia de una mujer, se encargaron de subirla al vehículo para llevarla al servicio de urgencias.

Cuando el general Palacios salió con el doctor Guijón, este vio entre los detenidos a sus colegas médicos e intercedió por ellos. Le dijo al general que, al igual que él, estaban en La Moneda cumpliendo su función de doctores y no un rol político. Perplejo ante la presencia de tantos médicos entre los detenidos, Palacios decidió dejarlos en libertad. Estos se irían caminando, siguiendo las instrucciones recibidas: con una sábana blanca en alto y vistiendo el delantal para poder pasar los puestos de control. Un soldado los acompañaría a la esquina de Morandé con la Alameda y luego seguirían solos en dirección al cerro Santa Lucía.

El resto de los detenidos conocería otro destino.

EL CONEJO JIMENO

Son un manojo de hojas amarillentas de papel rugoso. Algunas tienen líneas y otras no. Todas están cubiertas de palabras escritas con tinta verde, azul o negra, y una caligrafía cuidada y regular. Las letras están levemente inclinadas hacia la derecha. En esa decena de cartas —que Claudio le escribió a su padre a comienzos de los años cincuenta, cuando tenía entre diez y trece años—, aparecen las distintas facetas de su personalidad: su aspecto más afectuoso, su sentido del deber, su vulnerabilidad, su humor, su resiliencia, su soledad.

Claudio nació en Quilpué el 29 de mayo de 1940, fue el menor de dos hermanos de una familia de origen español e italiano. Su abuelo paterno había llegado de un pueblo de la Navarra vasca llamado Artajona, a fines del siglo XIX. Su madre era hija de un navegante genovés que, una vez en Chile, se hizo cargo del faro de San Antonio.

A pesar de tener dos hijos, los padres de Claudio nunca vivieron realmente juntos. Su padre, Orlando Jimeno Reinoso, trabajaba con sus cuatro hermanos en una productora y exportadora de fruta familiar. La empresa tenía campos frutales en Santa Ana, Malloco y La Ligua, y oficinas en el centro de Santiago. Sus productos llegaban hasta Estados Unidos por el puerto de Nueva York.

Orlando —un hombre de estatura media, cara redonda, anteojos y un aire cordial— visitaba a su mujer y a sus hijos, quienes vivían en Viña del Mar, de manera esporádica. Era un padre ausente que se limitaba a asegurar el bienestar material de su familia. Con sus hijos era parco y exigente.

Claudio y Orlando, su hermano mayor, tuvieron una infancia económicamente privilegiada, en la zona de Recreo Alto. Vivían en un chalet de los años treinta con vista al mar e iban a un colegio inglés, The Mackay School. Bajo el cuidado de su madre y con las múltiples provisiones de su padre pudieron recibir una buena educación, en la que aprendieron inglés y practicaron deportes. En la mañana no tomaban “la micro”, sino el *number three bus* hacia el colegio.

Los fines de semana solían ir al cine con su mamá o a ver a sus tíos maternos, que trabajaban en actividades relacionadas con el puerto de Valparaíso. Su padre llegaba de vez en cuando por unos días y, en algunas de esas visitas, los llevaba de paseo a la playa o a los alrededores de Viña.

La ausencia paterna les daba cierta libertad, porque su madre no era realmente una figura de autoridad. Mercedes Grendi era una mujer frágil. De porte elegante y rasgos delicados, se dedicaba a la casa y a criar a sus hijos. Le gustaba escuchar la radio y, ocasionalmente, juntarse con amigos. No tenía el mundo de su marido, quien viajaba constantemente al extranjero, había vivido en París por unos años e incluso asistido a la inauguración del famoso restaurante La Coupole, en el barrio Montparnasse.

Ella era más provinciana, pero, a diferencia de Orlando padre, era tremendamente afectuosa y muy cercana, lo que hizo más difícil para sus hijos aceptar la separación forzada que vino después: a comienzos de los años cincuenta la internaron en una clínica. Aún no está claro si sufría, como se afirmó entonces, de esquizofrenia, o si solo tenía episodios de depresión. Sobre lo que no hay duda es de que, en esos años, tener dolencias psicológicas no era aceptado, y la solución consistió en alejarla de la vida que había llevado hasta entonces.

Cuando separaron a Mercedes de sus hijos, Orlando tenía trece años y Claudio solo diez. El desamparo de los niños Jimeno fue inmenso.

Las cartas que escribió Claudio, y que Isabel conserva aún hoy en un gran sobre blanco, corresponden a la época que siguió a la hospitalización de su madre. Entonces, Orlando padre los dejó internos en el Mackay, supuestamente hasta que Mercedes mejorara. Para Claudio, ese alejamiento fue particularmente doloroso.

“Yo creía que no iba a ser interno, y Ud. sabe que yo soy muy sensible, por eso me puse a llorar”, le escribió Claudio a su padre en una carta de 1953. “Ahora ya he pensado bien y me doy cuenta de que es por nuestro propio bien esperar otro año más. Pero yo le puedo asegurar que mi mamá ha mejorado notablemente, no tanto como para llegar a dirigir una casa, pero esperamos que dentro de un año más pueda”.

La reunificación de Claudio con su madre nunca ocurrió. Poco tiempo después de salir de la clínica, ella murió de cáncer. A pesar de la ausencia materna, el padre nunca asumió un rol más protector. A los doce o trece años, Claudio buscaba permanentemente su aprobación y atención. En sus cartas, le pedía muestras de cariño, le expresaba su afecto y se quejaba de su falta de reciprocidad. Del conjunto de misivas que Isabel conserva, solo figura una de Orlando padre, escrita a máquina, que da cuenta de lo exigente y frío que era.

“Dear boys: en mi poder carta de Orlando y el famoso resumen de la gira por la Argentina. Mi fallo es que hay algunas observaciones interesantes, varias faltas gramaticales y mucho ‘cantinfleo’”, les escribió.

Más tarde, los sacó de internos y les arrendó un departamento en Viña. Vivían los dos solos. Claudio no tenía más de dieciséis años, la edad en que conoció a Isabel.

El encuentro ocurrió en el fundo que tenían los Jimeno en Illalolén, en La Ligua. Claudio acostumbraba pasar ahí las vacaciones junto a sus primos.

En Illalolén todo giraba en torno a la típica casa colonial —con un patio interno, numerosos dormitorios y una galería vidriada que daba hacia un huerto fértil— donde se alojaban todos. Claudio, primos y amigos gastaban los días jugando a la pelota, bañándose en el río y andando a caballo. Aún no eran adolescentes cuando aprendieron a cazar tórtolas con honda, fumaron sus primeros cigarrillos y planearon una fuga para no tener que volver nunca más al colegio. Claudio era buen nadador y futbolero, a pesar de no tener, en ese entonces, un